

Gabriel TORTELLA

Los orígenes del siglo XXI. Un ensayo de historia social y económica contemporánea

Madrid, Gadir, 2006 (2ª ed.), 562 pp.

La lectura del libro de Gabriel Tortella provoca reacciones contrarias: por un lado, su trabajo anima a seguir con mucha curiosidad el hilo conductor interpretativo; por otro, fuerza al lector a atravesar páginas plagadas de detalles antes de alcanzar el mensaje que la obra desea transmitir. En realidad, este volumen se sostiene sobre un compromiso entre la intención declarada de ofrecer un “esquema interpretativo” y la propensión, ciertamente comprensible dada la afortunada carrera de profesor universitario de Tortella, a relatar acontecimientos. No es que no sea oportuno y, en última instancia, necesario relatar acontecimientos, sobre todo tratándose de un historiador. Pero si se hace, es preciso seguir un diseño adecuado, tanto de la selección de los contenidos, como de los instrumentos utilizados. La decisión manifestada por el autor en la introducción de no utilizar tablas y gráficos parecía sugerir al lector que la descripción no encontraría lugar en este ensayo; además, el hecho de que el estudio abarque el mundo entero en un largo arco temporal y la voluntad declarada de no limitarse a la economía apuntaban en la misma dirección. Sin embargo, los capítulos no siempre son coherentes con tal elección metodológica. En esta recensión, abandonaré, por tanto, la parte descriptiva del volumen y me concentraré en la interpretativa.

La primera cuestión fundamental que aborda el autor es que la complejidad de la sociedad puede estudiarse con fines heurísticos desde distintos ángulos, pero sin olvidar nunca que ninguno de ellos puede ser ni exhaustivo ni autorreferencial. Así, un historiador económico bien puede aprovecharse de su experiencia en el campo de la economía, pero si quiere explicar cambios históricos en el largo plazo debe incluir también las variables estudiadas en otras ciencias sociales, como de hecho están haciendo hoy en día algunos de los más avezados economistas. Tortella, queriendo explicar a partir de Europa cómo se ha producido la transformación del mundo en el último par de siglos, incluye referencias a la geografía (el clima templado) y a la acumulación de ciencia (a través de la universidad, las academias, la difusión de la instrucción entre el pueblo, que favorecieron los comportamientos racionales), pero sobre todo considera crucial la capacidad de dotarse de sistemas de gobierno “participativos”, basados en el creciente reparto de la responsabilidad pública entre la aristocracia terrateniente y la categoría emergente de, en primer lugar, los ricos comerciantes y, después, los industriales (cap. 2). En esta primera revolución política, el caso de la monarquía constitucional inglesa del siglo XVII es considerado paradigmático, incluso cuando el autor cita la revolución holandesa de 1566 contra Felipe II como antecedente. Es una lástima que en este contexto el autor no recuerde también las ciudades libres italianas del Medioevo, de cuyo ejemplo partió todo el movimiento de “liberación” y autogobierno de la clase burguesa en Europa. Posteriormente, durante el siglo XVIII, se registran la revolución norteamericana y la francesa, que tuvieron vastas implicaciones sobre otras

áreas del globo. La revolución industrial (que el autor está de acuerdo en considerar un fenómeno de larga duración) sigue a la primera revolución política, por lo que el liberalismo político precede al liberalismo económico (cap. 3).

Con estas convulsiones se pasó, por tanto, de un régimen que privilegiaba la tierra y asistía al triunfo de gobiernos autocráticos y de economías cerradas y repetitivas, a un régimen que privilegiaba el capital, con gobiernos burgueses y apertura a los intercambios internacionales (cap. 4). Tal régimen, consolidado en el siglo XIX, se sirvió de los bancos, volcados en sostener las inversiones, y basó su sostenibilidad en el equilibrio de las cuentas del Estado (con escaso gasto público, principalmente concentrado en obras de infraestructura) y en el patrón oro. Desde su originaria cuna anglosajona, el nuevo régimen se difunde a otros países europeos y a Japón, no sin conflictos ni compromisos con el viejo régimen (cap. 6); pero, precisamente, mientras encontraba su equilibrio, sus perturbadores resultados instigaron un nuevo movimiento de transformación que, a la larga, mudó nuevamente primero la política y más tarde la economía. Este movimiento comenzó en el siglo XIX con el nacimiento de los sindicatos de trabajadores y las formaciones políticas favorables a un incremento de la representación de las clases populares (cap. 5), pero su pacífica consolidación se vio interrumpida por la I Guerra Mundial, que desencadenó reacciones de violenta oposición. Por una parte, las élites en el poder intentaron conservar éste a través incluso de medios violentos, apoyando dictaduras de derecha; por otra, las clases populares de algunos países intentaron desterrar por completo a las otras clases, apoyando dictaduras de izquierdas (la revolución rusa) (cap. 8). Estos comportamientos supusieron para el mundo desarrollado una regresión política, pero también desastres económicos, y finalmente condujeron a una II Guerra Mundial (cap. 9).

Fue sólo tras el fin de dicho conflicto cuando se inició la segunda revolución política, con el precedente de Suecia en la década anterior. El nuevo orden socialdemócrata abrazó el sufragio universal, el *welfare state*, las políticas keynesianas de aumento del gasto público, trasladando el acento del capital al trabajo y alcanzando en los países desarrollados la inclusión de todas las clases sociales (cap. 7). Este orden se dotó de instrumentos de control de las relaciones económicas internacionales a través de los tratados de Bretton Woods, y no sólo ha producido milagros económicos en los países occidentales ya desarrollados (cap. 10), sino que también ha brindado oportunidades de desarrollo a los países del Tercer Mundo, que se han descolonizado y han probado a formar gobiernos autónomos, aunque no siempre con éxito (cap. 12). Además, ha acabado provocando la caída de los regímenes totalitarios de izquierda, habiendo demostrado la mayor vitalidad y aceptabilidad de sus conquistas sociales y económicas respecto a la realidad desilusionante de los regímenes dictatoriales de cuño soviético (cap. 11).

Pero la historia no se detiene. En el penúltimo capítulo (cap. 13), Tortella traza los cambios posteriores al desmantelamiento del sistema de Bretton Woods y a las crisis del petróleo, con un distanciamiento del keynesianismo cuyo significado se halla ligado a la globalización, de la cual se citan dos ejemplos: la unificación monetaria

europea y la transición de los países de Europa Oriental. Pero más interesante es el último capítulo (cap. 14) donde, en una primera parte, el autor retoma la visión de larguísimo plazo ya esbozada anteriormente, añadiendo una importante observación: el avance económico de la humanidad no ha pasado sólo por el aumento de la cantidad de bienes materiales producidos, sino también por una mejora de su calidad, además de por el alargamiento de la vida humana y la multiplicación del número de personas que habitan la Tierra. Es más, esta mejora se convierte en autosostenible en la medida en que se apoya cada vez más en el capital humano (una categoría, comenta el autor, completamente ausente en Marx). En la segunda parte del capítulo, quedan delineados los problemas que la humanidad debe afrontar hoy: crecimiento demográfico y degradación medioambiental se hallan en primera línea, legados de un pesado *trade-off*; pero quizá aún más peligrosos son los efectos perversos generados por los “excluidos”, de los que forman parte ya no categorías sociales sino minorías étnicas y religiosas, extremistas de derecha e izquierda, países incapaces de subirse al tren del desarrollo... Frecuentemente estos sujetos marginados, no teniendo nada que perder, aplican estrategias de lucha continua de naturaleza terrorista.

En realidad, el mensaje más profundo de este volumen es precisamente el triunfo de la democracia como estrategia de inclusión participativa. Quien puede contribuir a la realización del propio destino se responsabiliza de su comportamiento y busca encontrar soluciones constructivas para la edificación del bien común. Quien, por el contrario, se siente excluido lleva a cabo acciones destructivas. Así pues, se puede aprender de la historia una solución a los problemas actuales: en todos los casos en los que se ha intentado excluir alguna categoría o grupo de personas, el resultado final ha sido un fracaso, mientras que cuando se han encontrado compromisos “honorables” de inclusión, la sociedad ha prosperado. Debemos agradecer la aparición de un volumen como éste de Gabriel Tortella, que una vez más ha llamado nuestra atención sobre esta profunda verdad. De hecho, no es cierto que la historia no ayude a predecir el futuro. No lo hace ya en el sentido antiguo de *historia magistra vitae*, porque después de las dos revoluciones descritas por el autor el mundo se ha dinamizado, pero aquello que cambia es el modo en el que el hombre se expresa, no su espíritu. Y por tanto, incluso hoy podemos mantener que la *historia magistra vitae*, en el sentido siempre actual de revelar en las diversas situaciones las coordenadas de fondo del espíritu humano.

Y no hay que escandalizarse del hecho de que se trate de un mensaje que alguno podría definir como extraño a la historia social y económica, por ser “político”. Al contrario, es justo reconocer que Gabriel Tortella ha conseguido transmitir tal mensaje —fundamental para la sostenibilidad del desarrollo— de forma convincente, utilizando precisamente sus conocimientos de historia y economía.

Vera Zamagni
Università di Bologna
(traducción de Lina Gálvez)